

París, 12 de Septiembre de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

La "Luisa," de Charpentier.— Dos conciertos oficiales en el Trocadero.

SI hubiese de escribir para ser leído por un público francés ó legítimamente parisiense, quizás me guardaría de expresar mi franca opinión respecto á *Luisa*, la ya famosa obra de Gustavo Charpentier, que, por su carácter local y palpitante cuanto realista argumento, más que por el trabajo musical, según mi leal entender, fanatiza á propios que seducen á extraños y conquista ovaciones que adquieren toda la fuerza de un triunfo excepcional. Seré leí-

do á inmensa distancia de este país tan grande como impresionable y esto me dispensa de disimular mi opinión obligado por un deber de cortesía.

¡Libreme Dios de declarar mala y abominable la obra de Charpentier! Todo lo contrario: reconozco en ella cualidades sobresalientes que la distinguen de tantas y tantas medianías como se producen aquí lo mismo que en todas partes; reconozco en el autor, brillante discípulo de Massenet, serias dotes, gran talento, novedosas tendencias y perfecta instrucción musical; pero confieso que me hastía la exageración de los procedimientos empleados con la constante preocupación de originalidad, y la rudeza igualmente exagerada del asunto tratado por el compositor.

El afán de escribir *nuevo*, que preocupa hoy á los jóvenes compositores de todo el mundo, y principalmente á los franceses, conduce al aniquilamiento de todo principio, de toda regla, de todos los *cánones* de la técnica legados por nuestros antepasados; lleva recto al anarquismo en Arte, y de ahí á una decadencia forzosa, tanto más lamentable cuanto que nulifica talentos y absorbe cerebros espléndidamente dotados. Bien está que los genios creadores todo lo olviden, aunque no todo lo desechen, abonados por el fogoso impulso de su inspiración: compruébanlo Beethoven en la sinfonía y Wagner en el teatro; pero fatal consigna la que se imponen los simples ta-

lentos anhelantes de producir lo que no pueden dar. Y Charpentier es, á mi juicio, de los últimos: un talento, un gran talento, un habilísimo compositor alucinado por la preocupación de la época y víctima de una malhadada obsesión. ¡Oh! y cuando place al fantasma concederle momentáneo olvido ¡qué bellas, qué espontáneas é inspiradas ideas las que engendra el cerebro del joven compositor! ¡La nota amorosa, con qué ternura vibra en el dúo de la terraza! la ternura con cuánta afabilidad en la dulce *berceuse* del padre de Luisa! Pero Charpentier teme el reproche, tiembla al pensar en la acusación que le aguarda, palidece creyendo escuchar los epítetos de *anticuado estilo*, *vieux clichés* y *moldes del pasado* con que su conciencia y sus ímpetus de rebuscador ya parecen amenazarlo, y la obsesión le asalta nuevamente; apodérase de él aquel fantasma que tiene algo de la luz fosforescente de un personaje simbólico de su obra, y vuelve á acaparar los torrentes de armonías extrañas, las extravagantes polifonías y los dibujos melódicos sin puntuación, como para desagraviarse á sí mismo.

Admiro sin restricción la orquestación de Charpentier, rebuscada también, pero con mayor éxito que el que incumbe á las ideas; admiro las curiosas asociaciones de timbres, las innumerables delicadezas y los poderosos efectos de sonoridad, llevados á cabo con perfecto conocimiento y práctica extraordinaria de tan importante ramo

del Arte. El trabajo y el estudio en pos de originalidad en lo que atañe al colorido, podrán influir sobre el defecto de la idea, pero nunca la deformarán al punto de hacerla incomprensible. No acontece lo mismo respecto de la concepción y de la forma . . .

Ya he dicho antes, y ahora lo repito, que el asunto tratado por Charpentier, y al que se debe gran parte del éxito de la obra, me es altamente antipático y paréceme indigno de ponerse en música. Esa página, arrancada, según se dice, de la vida íntima del compositor ó de cualquiera de los infinitos volúmenes que narran análogos episodios del gremio de Montmartre, apenas podría tolerarse transportado á la escena, como se han transportado ya las novelas de Zola; mas el comentario musical ¿qué viene á hacer allí? ¿á qué va á dar realce con su emocional elocuencia? . . . ¿qué va á embellecer con su sobrenatural destello de Arte? . . . Francamente sea dicho, las pasiones, porque pasiones hay en la *Luisa*, son tan vulgares, tan bajas, tan soeces en ocasiones, que su escasísimo tinte de poesía, que también se vislumbra alguna vez, desaparece por completo velado por el repugnante realismo que se desborda por doquier.

No digamos una palabra respecto de Julián, Luisa y su madre, tipos vulgares con los que á diario se tropieza en este turbulento París; fijémonos en el humilde obrero, el amante padre,

quien en medio de su rudeza, está circuido de cierta aureola de bondad y de ternura que lo hacen atractivo. ¿Qué hace con él el poeta compositor? Es muy sencillo: despedazar el tipo creado y trocar su dulce afabilidad por un rasgo de bestial furor. . . . Aquel padre que lanza una silla á la cabeza de su hija y le abre de par en par las puertas de la perdición al cerrarle las de su hogar, podrá ser tipo realista, verdadero, efectivo y copia exacta de la vida real; pero es antipático, repugnante, y de todas suertes inadecuado para excitar la inspiración de un compositor. Eso no es estético ni mucho menos, y en el Arte todo tiende á lo bello, á lo bueno, á lo noble y á lo levantado. Sé bien que ha pasado la época del romanticismo; pero no puedo admitir que se intente penetrar á la de un realismo decadente que pugna con la naturaleza y tendencias invariables y eternas del arte.

Tengo para mí que *Luisa* no vivirá. Por lo que dejo apuntado y por su sabor netamente *parisiense*, halagará más ó menos á un público ávido de emociones y encariñado con las *copias del natural* del medio en que vive. Más tarde, el tiempo hará su obra y sólo quedará la composición de Charpentier como el recuerdo de la manifestación de un gran talento, de un artista habilísimo, dueño de todos los secretos de su arte, que tuvo la buena suerte de surgir en un momento favorable armado de punta en blanco para la

lucha y audáz por el conocimiento de su propio valer.

* * *

Continúan, verificándose, regular y periódicamente, los Conciertos oficiales del Trocadero que comprenden audiciones de órgano, música de cámara, y orquesta y voces. Los martes y viernes de cada semana se da cita en el suntuoso Palacio del Campo de Marte, lo más granado entre los cultivadores de la música para órgano y de cámara, y quincenalmente, los jueves alternados, la masa del gran público, atraída por las brillantes ejecuciones de orquesta y voces dirigidas por el gran flautista Taffanel. No obstante la asombrosa modicidad de los precios de que he hablado en otra ocasión—1 franco, patio; y 50 céntimos, anfiteatro—la concurrencia, sin ser escasa, no ha podido llenar la inmensa sala del Trocadero. . . . No creo que haya decaído el entusiasmo ni que deba hacerse responsable del desvío al *comité* organizador, sino que comienza á decrecer el número de visitantes extranjeros; y éstos son los grandes sostenedores de espectáculos en París. Por otra parte, es tal la explotación que se ha hecho y se hace aún aquí del extranjero, que todo el mundo desconfía, se retrae con frecuencia y acaba por emigrar sin haber satisfe-

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. T. R. A.
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cho las exigencias del espíritu más que á medias y con el bolsillo poco menos que vacío.

El programa del octavo concierto con orquesta verificado el 6 del corriente, ofreció una selección de obras de jóvenes compositores franceses entre las que descollaban *La Belle au Bois dormant* de Jorge Hüe, una escena lírica, *Venus y Adonis*, de Javier Leroux, y *L'Apprenti Sorcier*, de Paul Dukas.

En la primera, escrita bajo el soplo de una poética inspiración, hay dos números que me parecieron de todo punto encantadores: *El Sueño y La Rueda y el Pájaro Azul*; en el último, principalmente, las ideas y la orquestación son delicadas, frescas y perfumadas.

Obra de buena cepa, sólida y seria es la escena lírica de Leroux. Mucha intensidad dramática, mucha vida, gran calor emocional y discreta cuanto sonora orquesta. Pronto y casi simultáneamente montarán la Opera y la Opera Cómica, sus últimos dramas líricos *Astarté* y *William Ratcliff*, de los que se espera mucho bueno y nuevo... pero nuevo sin extravagancia y desequilibrio... En una visita que hice al joven compositor tuvo la deferencia de mostrarme algunas páginas, húmedas aún, de la partición orquestal de *Astarté* y mi impresión fué sinceramente entusiasta. Quizás tendré la buena suerte de escuchar el estreno de la obra en la Gran Opera, y entonces podré integrar un juicio que ahora ha-

bría de sujetar á una fugitiva impresión. Conste, sin embargo, mi admiración por el artista y mi simpatía por tan bondadoso amigo.

Confieso que, del compositor Dukas no conocía una sola nota y que su *Scherzo* sobre la balada de Goethe, fué una revelación de sus méritos y de su gran valer. ¿Por qué negar que su obra fué la más aplaudida y mejor aceptada de la audición?... Así fué y pláceme decirlo con lealtad. Si los dos motivos hábilmente explotados no responden á una inspiración de primer orden, si son claros, brillantes, coquetos, están desarrollados con naturalidad, presentados con gran variedad de matices armónicos, con ingeniosos cambiantes de colorido é instrumentados con verba endiablada y manifiesta riqueza. Lo ignoro, pero me sospecho que Dukas es joven aún, pues su producción tiene el sello de la juventud y las cualidades peculiares de un cerebro joven amamantado por las caricias del ensueño.

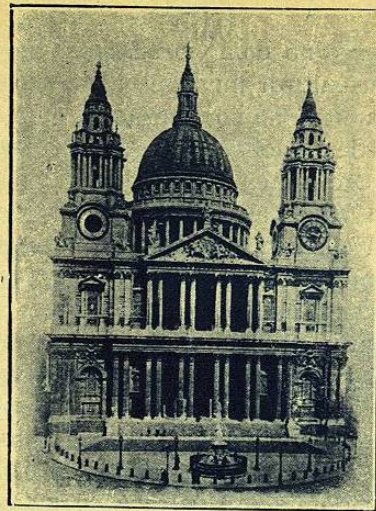
El martes 11 del que corre, verificóse en el Trocadero el 8º concierto oficial de órgano á cargo de M. Luis Vierne, organista ciego de Nôtre Dame y de la Gran Sala de Fiestas.

Carezco de espacio para reproducir el programa y ensalzar los méritos del joven artista; pero debo hacer mención de dos números soberbios que excitaron mi admiración: el *Final* en *Si* bemol, de César Franck, y la *Quinta Sinfonía* de Widor. Tales obras no necesitan comentarios,

porque son de primer orden y de lo mejor con que cuenta la literatura musical moderna del órgano; en cuanto á la ejecución, básteme decir en abono del intérprete, que, el célebre organista Guillmant, á quien pude observar por ocupar un asiento inmediato al suyo, no cesó de aplaudir á su digno colega. Daríamos algo en México por poseer un *medio* organista ciego como Vierre á cambio de tantos que merecerían ser mancos. . . . dicho sea sin el afán de lastimar á nadie; mas es lo cierto que en la capital carecemos de organistas y hasta de órganos. Aún me estremezco horrorizado al recordar ciertas improvisaciones, y ciertas armonías y tales y cuales usos de *pedal* que dejan atrás á cuanto se ha ideado para penitencia de los sentidos y castigo del espíritu. . . .

Pero ¡chitón! . . . La prudencia aconseja el silencio y he aquí llegado el momento oportuno de guardarlo. Comprimámonos, como dicen en cierta zarzuelilla famosa. . . .

Octubre 15 de 1900.



Londres, Octubre 6 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

Conciertos en el «Queen's Hall» de Londres.

NDUDABLEMENTE pecaría de ligero si, después de mi corta permanencia en esta inmensa y grandiosa capital, pretiendese juzgar de las aptitudes y talento musicales del pueblo inglés que, como su inmediato descendiente, el americano, no goza de una fama artística de primer orden. No intento tal cosa, no obstante que mucho podría decir en su abono, considerándolo como

consumidor y no como *productor*; pero sí afirmo que su cultura musical se nivela con la de cualquiera otra nación europea, y que sus impresiones tienen el sello de una franca sinceridad que generalmente carece su vecino del otro lado de la Mancha. Responden de esa cultura los magníficos espectáculos de ópera que sostiene el «Convent-Garden;» las doce Salas de Concierto—*doce*, léase bien—que posee, entre las cuales figuran en primera línea: el «Albert Hall,» «St. James Hall,» «The Queen's Hall» y el colosal anfiteatro del Palacio de Cristal; gran número de Conservatorios privados, y, sobre todo, sus dos grandes y ejemplares planteles de instrucción: la Real Academia de Música, bajo la dirección de Mackenzie y el Colegio Real de Música, verdadero palacio, lleno de lujo y comodidades, inaugurado en 1894 por el Príncipe de Gales.

Carecería de tiempo y espacio si hubiese de describirlos después de las repetidas visitas que he hecho á Salas y Escuelas con el interés y atención que se merecen; el título de esta correspondencia me exime de inútiles preámbulos, y en tal virtud voy derecho al grano, descartando materias que quizás aprovecharé posteriormente.

Hace algunos años que se fundaron los Conciertos que vienen verificándose en el «Queen's Hall.» Es éste un espacioso salón—menos vasto y desproporcionado que el «Albert Hall»—decorado con bastante gusto y sencillez, ornamenta-

do en la plataforma de la orquesta con vistosas plantas naturales, dotado de un buen órgano y con capacidad suficiente para 3,000 espectadores.

Los *Conciertos Filarmónicos* se verifican en Mayo y Junio, y los actuales, titulados: *Promenade Concerts*, durante el otoño ó invierno. Los precios de ingreso son moderadísimos en todas las plazas, que siempre están henchidas de espectadores; pero el lugar predilecto es el Patio—que aquí se llama *Arena*—á donde no existen asientos y el público, impávido y silencioso, permanece de pie durante *tres* horas seguidas, dando verdaderas pruebas de su amor al Arte. y de sus sólidas y pacientes pantorrillas. Caballeros y damas, en iguales proporciones, se mantienen en tan incómoda posición, siguiendo la lectura de los programas explicativos—perfectamente redactados, dicho sea entre paréntesis—y muchos con *partituras de orquesta* en mano, que recorren con entusiasmo é interés.

Creo que este dato revela también una alta cultura musical que dista mucho de la simple afición tan decantada en México. . . .

El director—Mr. Henry I. Wood—es concienzudo en extremo y manifiesta gran práctica y mucha pericia; en cuanto á la orquesta, completísima y robusta, formada en buena parte por alemanes, según entiendo, es de lo mejor que he escuchado en Europa, y, por lo tocante á ciertos detalles de ritmo y matiz, no vacilo en calificarla

de la mejor, entre el sinnúmero de las que he podido juzgar hasta la fecha. Disciplina rigurosa, inmensa cohesión, escrúpulo excesivo, sonoridad pasmosa en los *fortísimos*, dulzura y tenuidad en los *pianos*, firmeza en el ataque, equilibrio en la masa é intenso sentimiento que no degenera en sensiblería: he ahí los méritos que no siempre descubrí en las orquestas francesas, no por su culpa quizás, sino por las exageradas proporciones de las salas en que las escuché. El «Queen's Hall» está perfectamente acondicionado y, acústicamente, no admite reproche alguno, dicho sea para justificar mi excelente impresión de la masa orquestal, sin atenuar por eso las cualidades señaladas.

Los programas están dispuestos con la intención de satisfacer todos los gustos, sin perder de vista la educación musical de las masas, que es el objeto principal de estos conciertos. Por lo común la primera parte, ó sea el puesto de honor, está consagrada á las obras clásicas de los grandes maestros ó á uno solo entre los compositores antiguos ó contemporáneos, y en la segunda se dan cabida á producciones más ó menos ligeras ó á fantasías orquestales sobre óperas conocidas. No es raro que, en virtud de este eclecticismo singular, se codeen Wagner con Verdi y Beethoven con Mascagni. De esto resulta un conjunto no poco *cursí*, pero tolerable, en gracia de la buena intención.

Entre los Conciertos á que he asistido en la referida sala, merecen especial mención los consagrados á Wagner (Octubre 1º), á Beethoven (Octubre 5) y el que se verificó el 3 del mismo mes, con variado programa, en que figuraron: Mendelssohn, con su encantadora *Sinfonía Italiana*;—ejecutada por vez primera en Londres, el 13 de Mayo de 1833.—Schubert, con el delicado entreacto de *Rosemunde*; Beethoven, con la soberbia obertura de *Egmont*; Berlioz, con la delicada y vaporosa *Danza de las Sílfiges* de la *Dammation de Faust*, y Brahms, con dos *Danzas Húngaras*, harto conocidas en México.

El programa Wagneriano, verdadera delicia para el público y eminentemente atractivo, comprendió los siguientes números:

- 1º Obertura de *Rienzi*.
- 2º Entrada de los dioses al Walhall (*Das Rheingold*).
- 3º Obertura de los *Maestros Cantores*.
- 4º Aria de Elisabeth (*Tannhäuser*).
- 5º *Siegfried Idyll*.
- 6º Preludio del acto 3º (*Lohengrin*).
- 7º Monólogo de Hans Sachs (*Maestros Cantores*).
- 8º Introducción del acto 3º de la misma obra.
- 9º Huldigungsmarsch.

Como se ve, había manjares exquisitos para los paladares más exigentes, y la satisfacción del público se tradujo en aplausos y ovaciones

—muy merecidos por cierto—y que, no obstante una prohibición que rezan los programas, alusiva á las repeticiones, acabaron por comprometer al director á conceder el *bis* del Preludio de *Lohengrin* y *Monólogo* de Hans Sachs.

Es un hecho innegable que Wagner se ha impuesto en Europa de manera tal, que no hay casi concierto en que dejen de ejecutarse fragmentos de sus obras, y que su nombre es una garantía de éxito tanto en el teatro como en las salas de concierto. Ya no en Alemania, á donde es idolatrado, sino en París y Londres, Wagner reina cual soberano, y salvo á los grandes maestros clásicos, eclipsa á todos con el poder de su genio creador y con los destellos de su soberana inspiración, que más admira y más subyuga, cuando se ha entrado en íntima comunicación con ella.

El programa consagrado á Beethoven no fué menos atractivo:

- 1º Obertura de *Leonora*, N.º 2.
- 2º *Sinfonía Pastoral*.
- 3º Concierto N.º 5 en *Mi* bemol (Piano y orquesta).
- 4º *Minuetto* de Congratulación.

Dejo en el tintero todos los detalles de mis impresiones, que fueron bien profundas, y me limito á consignar la excelente interpretación de los números señalados, entre los cuales cautiváronme especialmente la *Sinfonía Pastoral*,

incomparable y poéticamente sentida por la orquesta, con un escrúpulo de ritmos y matices y un sentimiento casi fervoroso, y el gran concierto «El Emperador,» como se le llama, ejecutado con pureza de estilo, corrección técnica y consumada *virtuosidad* por una joven pianista, la señorita Adela Verne.

¿Y qué diré del poco conocido *Minuetto* escrito por Beethoven en 1822 para felicitar á su amigo Hensler con motivo de su nombramiento como director del Teatro Josephstadt de Viena? Con titularlo digno de la pluma del grande hombre, creo que habré dicho lo bastante.

De buena voluntad desearía describir á mis lectores las maravillas de Arte que guardan los Museos de esta vieja y noble Inglaterra, y las muchas que, en punto á factura instrumental y manuscritos se ostentan actualmente en una Exposición Musical en el Palacio de Cristal. Desgraciadamente el tiempo y el espacio me faltan, y me reservo para otras próximas correspondencias. Despidome, pues, no á la francesa, sino á la inglesa, con un cariñoso *Good by*. . . . y hasta la próxima quincena.

Noviembre 1.º de 1900.

